

Inscrito en el viento

EN SU ÚLTIMO DÍA DE ESTANCIA EN CUBA, FRENTE A UNA plaza colmada por cientos de miles de personas en la que de pronto empezó a soplar el viento, el papa Juan Pablo II sostuvo que el espíritu soplaba donde quería y que esa mañana había decidido hacerlo allí, en la isla. El Papa, desde luego, se refería al Espíritu Santo. Pero Fidel Castro, que estaba en la primera fila de la ceremonia junto a Gabriel García Márquez, pensaría con toda seguridad que en Cuba sólo sopla el espíritu de la revolución, es decir, el suyo. Quizá García Márquez, ese señor del idioma obsesionado por la cercanía al poder, se preguntaría si aquella ventolera sería apenas un adelanto del ventarrón descomunal que destruyó a Macondo, o si la estirpe cubana, que cumplía sus cien años de soledad justamente en este 1998, tendría pese a todo una segunda oportunidad sobre la tierra, contradiciendo así el desesperanzado final de su novela.

Entre la multitud, los católicos alborozados que por primera vez en más de treinta años habían podido abandonar las catacumbas gritaban a voz en cuello: «¡El Papa, libre, también nos quiere libres!», identificándose con la metáfora del sucesor de Pedro. Los chivatos y policías de la Seguridad del Estado y los miembros de las siniestras Brigadas de Respuesta Rápida trataban de contrarrestar los gritos de libertad con una conguita de repertorio: «¡Uno, dos y tres, que Papa más chévere!», reconociéndose en el espíritu de su Comandante en Jefe, y echando de menos que éste les hubiese prohibido acabar con aquel desacato a cabillazo limpio, como lo habían hecho con el de los manifestantes desesperados que por primera vez en más de tres decenios de castrismo reclamaron pública y masivamente libertad el 5 de agosto de 1994 en el Malecón de La Habana.

Los comunistas de a pie, aquéllos que habían entregado honesta y desinteresadamente sus vidas a una revolución cuyo Comandante en Jefe en persona había prohibido la fiesta de Navidad y convertido al ateísmo en doctrina oficial del estado, convocados a la plaza por orden de su

Jesús Díaz

partido para diluir el fervor religioso del acto, no acababan de creer que la inmensa fachada de la Biblioteca Nacional no estuviese cubierta por la imagen de Marx o de Lenin sino por la de Jesucristo, ni mucho menos que bajo el rostro y el nombre del Hijo brillara una consigna nueva, «En Ti confío»; una consigna opuesta al tanático «¡Socialismo o Muerte!» que ellos habían coreado durante tantos años, de modo que no sabían si gritar «¡El Papa, libre, también nos quiere libres!» o «¡Qué Papa más chévere!» ni entendían tampoco el sentido del mensaje inscrito en el viento.

Los babalaos repasaban sus collares de colores. El Papa recibiría después a los pastores protestantes y a los rabinos, mas no a ellos ni a los paleros ni a los abakuas, guías espirituales de una buena parte de la población cubana. Aquel desplante, sin embargo, no era nuevo; durante siglos las religiones de origen africano transculturadas a Cuba por los esclavos negros y superficialmente sincretizadas en la isla con el cristianismo habían vencido obstáculos muchísimo mayores, impuestos por todos los poderes militares, civiles y eclesiásticos, tanto españoles como cubanos, que habían ejercido el poder en Cuba. La propia revolución castrista, pese al carácter popular que revistió durante años, no había sido una excepción en ese sentido. En *Fidel y la religión*, una entrevista de doscientas cincuenta páginas hecha a Castro por Fray Beto, la palabra santería ni siquiera se menciona, pese a que el entrevistador proviene nada menos que de Brasil, el país de América que más semejanzas sincréticas tiene con Cuba.

No obstante, los santeros que estaban allí, convencidos de que el ventarrón era obra de Oyá, la Reina de las Tolvaneras, se preguntaban si aquellas puertas abiertas durante unas horas de par en par serían protegidas en el futuro por Elegguá, Dueño de los Caminos, dios travieso y burlón que da inicio a las fiestas y a las celebraciones, o por Eshú, su terrible reverso, diablo diestro en propiciar desgracias y confundir a los caminantes en las encrucijadas, llevándolos por la senda del horror. Por otra parte, las miles y miles de personas presentes en la plaza que habían dejado de creer en Castro y no creían tampoco en Cristo ni en Olofi secundaban el reclamo de libertad, preguntándose si aquel viento anunciaba el regreso del totalitarismo inmediatamente después del breve paréntesis de la visita papal, o si por fin llegaba el aire de la razón, durante tanto tiempo ausente de la isla.

El enigma quedó inscrito en el viento. Pero por eso mismo, porque existió a la vista de todos, es susceptible de las más disímiles interpretaciones. En un extremo la de Madeleine Albright, Secretaria de Estado norteamericana, que ha comparado el viaje papal a Cuba con el primero que el Pontífice realizó a Polonia y que resultó ser determinante en el inicio del proceso de transición política que tuvo lugar en aquel país; en el otro extremo la del propio Fidel Castro, que ha considerado el acontecimiento como un «triunfo de la revolución». En el centro, la de algunos cubanos desencantados para quienes la visita papal fue apenas un paréntesis sin significado ulterior. A mi juicio, el viaje de Juan Pablo II a Cuba tendrá consecuencias de suma importancia, que sin embargo no se corresponden con ninguna de las tres evaluaciones anotadas con anterioridad.

En primer lugar, me parece claro que la gran ganadora fue la población cubana, tanto la que vive en la isla como la que lo hace en el exilio. Hay que haber participado en el proceso cubano durante largos años –como lo hizo quien esto escribe, apoyando a la revolución primero, alejándose después y oponiéndose más tarde–, para comprender la trascendental significación implícita en el hecho de poder gritar libertad públicamente sin que te rompan la crisma de un cabillazo, te acusen de gusano y agente enemigo y te hagan prisionero o te expulsen del país. Hay que ser un preso de conciencia como los centenares que sufren todavía en las cárceles cubanas, o estar padeciendo el frío del exilio, para conmoverse hasta los tuétanos al escuchar al Arzobispo de Santiago de Cuba, Pedro Meurice –cuya homilía reproducimos en la sección Textual de este número–, clamar públicamente porque se abran las puertas de las cárceles de la nación y las puertas mismas de la nación. Hay que haber soportado durante años el delirante, interminable monólogo del Supremo, y sus continuas advocaciones a la muerte, para comprender la importancia extraordinaria de que una persona con la autoridad del Papa tome públicamente la palabra y proponga un mensaje de paz.

La población cubana fue la gran ganadora también en otro plano. Debido al rijoso interés generado por el trágico fenómeno del jineterismo, al morbo que crea la supurante pobreza de la isla, al cómodo paternalismo de cierta izquierda y al culpable espíritu mercantil de cierta derecha, la imagen de Cuba en el mundo había sido deteriorada hasta lo insostenible. De acuerdo con muchos reportajes escritos y fotográficos e incluso con algunas comedias de cine, los cubanos somos simpáticos y dignos de lástima, pero sobre todo oportunistas, primarios, zafios, chusmas, vulgares, groseros, putas y chulos que pensamos exclusivamente en el dinero y en el sexo rápido y soez, sin refinamiento para el verdadero erotismo y desde luego sin elevación para el amor. Esa imagen atroz ha sido difundida también por unas cuantas subnovelas con marca de fábrica nacional, que recibieron apoyo entusiasta de la prensa comercial europea, se convirtieron en un fulminante éxito de público y ahora amenazan con crear escuela. Pero a raíz del interés informativo generado por la visita papal muchas televisoras del mundo transmitieron horas y horas en vivo desde cuatro provincias cubanas, y los periodistas y televidentes pudimos tener acceso directo a las imágenes de una población esperanzada, digna, pulcra pese a las carencias, musicalmente culta, creativa y autónoma más allá de las versiones comerciales de la salsa.

La otra gran ganadora con la visita de Juan Pablo II a Cuba fue la iglesia católica cubana. Apoyada por el Vaticano, tuvo el tino, el tacto y la paciencia suficientes como para entender la situación, extraer de ella los mayores beneficios posibles, organizar el viaje de modo magnífico y enviar a la población cubana y al mundo un mensaje complejo y sin embargo claro, sereno y matizado. Quieren un cambio democrático en Cuba, pero lo quieren gradual y pacífico, entre otras cosas porque saben que cualquier intento de forzarlo daría lugar a una tragedia de dimensiones incalculables. Uno de sus mayores aciertos fue el de haber reclamado de modo virtualmente explícito el levantamiento

del embargo norteamericano a Cuba. Éste no es la causa de la desastrosa situación económica de la isla, sino el único y último pretexto de Castro para justificar la legendaria ineficiencia de su ordenamiento económico y la filosofía totalitaria de su comportamiento político. Pero además de esto, tanto el embargo en sí mismo como su cobertura legal, la deplorable, vergonzosa e intervencionista ley Helms-Burton, son intrínsecamente inmorales. Castro nunca debió tener el monopolio de denunciarlos y ahora, por fin, lo ha perdido. Ahora hay otro poder en Cuba que rechaza el embargo y la Helms-Burton sin justificar con ello la ineficacia económica ni el totalitarismo castrista. Los grandes perdedores de la visita papal fueron los fundamentalistas del gobierno cubano, del norteamericano y de la extrema derecha del exilio de Miami. Quedaron aislados, solos en unas políticas que son ciertamente una estupidez, pero también un crimen.

Fidel Castro ganó y perdió con la visita. Ganó frente al mundo; perdió ante el pueblo cubano. Por primera vez en casi cuarenta años apareció en Cuba vestido de civil, con elegantes trajes oscuros, la barba y el pelo teñidos de castaño, cuando antes invariablemente había aparecido con uniforme de Comandante en Jefe, casi siempre con pistola al cinto. Por primera vez, también, cedió el protagonismo durante cinco largos días, cuando durante más de tres decenios no lo había cedido ni un minuto, y es justo decir que como el gran actor que es lo hizo con jovialidad y elegancia. Hasta parecía un demócrata. Comprendió a tiempo que oponerse ante los ojos del mundo a la especie de invulnerabilidad que sentía la población cubana con la visita del Papa podía costarle caro, y remedando al Chaplin de *Tiempos Modernos* intentó ponerse al frente de una manifestación que no era suya. Como un rey absoluto autorizó a sus súbditos a celebrar por una vez la Navidad que años antes había prohibido para siempre y no perdió ocasión de dar golpes de efecto para ganarse al invitado.

Pero frente a la población cubana toda esa taumaturgia le servirá de poco. En casa siempre había jugado a ser el Mandamás, el Caudillo, el Padrino, el Uno, el Único, y un personaje así no puede cederle la palabra ni al Papa de Roma sin perder prestigio incluso entre las propias filas de sus acólitos, cada vez más menguadas. Fidel Castro jamás podrá prohibir de nuevo la Navidad, so pena de que nadie le haga el más mínimo caso; sin embargo, tampoco cejará en su obsesión de mandar hasta la muerte y es prácticamente seguro que conseguirá su objetivo a cualquier precio. Es en este contexto que deben entenderse tanto la amnistía parcial y limitada que el estado cubano concedió recientemente a algunos presos políticos, como la nueva «ofensiva revolucionaria» desatada a partir del primer discurso pronunciado por Castro con posterioridad a la visita papal, en el que cometió la incalificable indignidad de atacar a Tomás Gutiérrez Alea, fallecido hace dos años, sin duda uno de los artistas más grandes que ha producido nuestro país en todos los tiempos.

Pero ese tipo de comportamiento por parte de Castro era un dato previo a la visita del Papa, no desmentido nunca a lo largo de casi cuarenta años, y lo verdaderamente importante aquí es preguntarse qué ocurrirá después de que

él deje de regir los destinos de la nación. Si una transición pacífica que conduzca a Cuba hacia una democracia imperfecta o un choque brutal entre extremos que la precipite en el caos. Creo que las ansias de libertad y el orden demostrados por la población durante la visita papal, así como el compromiso asumido por la iglesia católica ante los ojos del mundo, contribuyen a fortalecer la esperanza en que los cubanos seamos capaces de protagonizar después de Castro una transición pacífica y pactada.

Es verdad que Juan Pablo II y sus asesores proclamaron una versión sesgada de la historia de Cuba que muchos no compartimos, en la que exageraron hasta lo inverosímil la influencia de la iglesia católica en la formación de la cultura nacional y en las luchas por la independencia, además de silenciar los aportes esenciales llevados a cabo por otras instituciones como la masonería, por ejemplo, y sobre todo de no reconocer que el corpus cultural resultante de las religiones de origen africano es, tanto como la cultura cristiana, un fundamento sin el cual Cuba no existiría. No obstante, Juan Pablo II inscribió en el viento de la Plaza que bautizó como de José Martí, y que así se llamará alguna vez de modo oficial, un mensaje de concordia y esperanza, y en mi condición de agnóstico quiero agradecerle públicamente a él y a la iglesia católica cubana esa contribución al futuro pacífico de Cuba.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)